

“Una desordenada biblioteca”
por Adrián Ferrero

Siendo todos tan distintos, me preguntaba por qué mis autores y autoras favoritos así lo eran. Una respuesta, simple, contundente, inobjetable diría: “Porque me gusta cómo escriben, lo que escriben, del modo en que lo hacen, me produce placer leerlos”. Pero eso no basta. Yo con esta pregunta que me formulaba reflexivamente quería dar un paso más allá. Entonces lo pensé más en profundidad. Me di cuenta de que cada escritor o escritora que nos gusta, lo hace porque toca una fibra íntima, una cuerda interior, vibra, resuena dentro de nosotros de un modo singular. Pero lo común a todos ellos, es que nos cautivan, siendo aún tan diferente la índole de su escritura, la longitud de sus libros o lo vasto de su obra, en el género al que pertenecen, en el tipo de voz que emiten y estamos en condiciones de captar.

Y me dije que había momentos y etapas de la vida para leer a unos y a otros. ¿Qué pueden tener en común Simone de Beauvoir con Clarice Lispector? Habría que hurgar en ese secreto ¿qué puede poner en conexión a los autores de La Plata Leopoldo Brizuela con Gabriel Báñez, ambos maestros de escritura míos, salvo el pertenecer a un mismo destino domiciliario? ¿habrán ambos al recorrer las calles de La Plata sentido lo mismo? ¿Han padecido o disfrutado de la sociocultura en la que estaban sumidos al hacerlo? Y ¿acaso hay algún común denominador entre las obras de Samuel Beckett y las de Adela Basch, salvo que ambos han escrito teatro y narrativa y sus apellidos comienzan con la consonante “B”? ¿qué puntos en común pueden unir a Margo Glantz y a Tununa Mercado, salvo que las dos son amigas y se respetan y admiran recíprocamente? Sé que no goza de buena reputación entre académicos y el staff (digamos) de los grandes escritores argentinos, incluso Bolaño dijo cosas tremendas sobre él, pero disfruto mucho de algunos libros de Osvaldo Soriano. No lo considero un frívolo y pasatista best seller (lo que se le suele achacar). Como para empezar, no por lo pronto a su novela *Triste, solitario y final*, una de las que más he releído junto *A sus plantas rendido un león* ¿Y entre Kafka, los españoles Carmen Martín Gaité y Antonio Muñoz Molina? Claro que tampoco puedo dejar pasar a Isak Dinesen (seudónimo de la baronesa Karen Blixen) y Leopoldo Brizuela, salvo que el escritor argentino escribió su espléndida novela *Inglaterra. Una fábula* (1999), bajo su advocación, según confiesa en un posfacio titulado “Diario de bitácora”. Me gustan mucho los trágicos griegos, también Homero (más *La Ilíada* que *La Odisea* aunque haya merecido mayor peripecia) y me resulta fascinante Cervantes. Debo confesar con pudor que no he leído ni *La Eneida* ni *La montaña mágica* (que Susan Sontag afirmó era la mejor novela que había leído en su vida), ni *Viaje al fondo de la noche*, ni *Lolita*, ni le ha llegado el turno aun a Gogol o a la novela *El bosque de la noche* de Djuna Barnes. Menos aun a Marcel Proust y su excesiva saga novelística. He leído casi todas las obras de James Joyce pero no el *Ulises* ni menos aún el *Finnegans Wake*. Me resulta apasionante Diamela Eltit. ¿Por qué la novela *La noche anterior* (que afortunadamente conservo) me resulta tan atrapante y sin embargo a su autor, Gonzalo Contreras (chileno) no lo he vuelto a encontrar en ningún anaquel de librería ni anunciado en catálogos, ni leído entrevistas que se le hayan realizado? Debo chequear si está vivo. Si escribió otros títulos. Si reside en Chile o se ha mudado a alguna otra parte del mundo. A Rulfo lo admiro desde mis 17 años, en que caí rendido a su embrujo. Una voz narrativa inolvidable para dar cuenta de un universo social y político que, referido en esta clave de una voz inquietante, productora de un extrañamiento y una potencia creativa insoslayable en la literatura de Latinoamérica. A sus cuentos no me

los puedo sacar de la memoria (pienso en “Macario”), son todo ecos. Y luego está esa serie de poemas de Alejandra Pizarnik, que nos transportan a otra constelación, a otra galaxia, a otro universo producto de su magia. Los cuentos y poemas de Raymond Carver con sus finales desconcertantes, abiertos, el mágico mundo de las *Alicias* del inglés Lewis Carroll, en cuyos libros resulta tan difícil entender el absurdo pero también nos captura y le dejamos de formular preguntas. Arthur Miller y Susan Sontag, dos voces disidentes en EE.UU. que me han acompañado durante toda la vida sí tienen atributos en común. Y también los cuentos de Flannery O’Connor son sumamente elocuentes respecto de, entre otras cosas, el racismo del Sur estadounidense. Recuerdo que me dejó paralizado por su filosa imaginación. ¿Y Faulkner y sus opresivos universos narrados en un laboratorio de la escritura que lo experimentaba todo? Jugando y renovando todas las técnicas narrativas, al igual que Hemingway, en un sentido muy distinto. El narrador de Hemingway suele ser uno (al menos en sus cuentos), que nos arrebató información, esquivo. Y Hemingway como un estratega nos despistas hasta el desconcierto. Tampoco puedo dejar de lado a Arnaldo Calveyra, con quien mantuve una breve correspondencia. Un argentino oriundo de Entre Ríos, una provincia de mi país que luego estudió en la Universidad Nacional de La Plata (la mía) hasta radicarse definitivamente en París, donde falleció. Una poesía exquisita y una narrativa con un fino entramado risueño que sin embargo jamás desentona ni tampoco provoca carcajadas. Más bien Calveyra nos contagia una sonrisa cómplice en esa instancia. El gótico, con la novela *Vathek*, de William Beckford. No he leído sin embargo *Drácula*. Pero sí he leído las obras completas de Edgar Allan Poe. Me sumé en la lectura de buena cantidad de literatura infantil y juvenil argentina. No podría jamás hacer a un lado a Silvina Ocampo. Ni tampoco a Oscar Wilde en todas sus vertientes creativas y géneros literarios que escribió con tamaño talento. Los libros de teoría de Foucault junto con sus trabajos sobre la sexualidad, sobre el discurso o en torno del poder, de la vida de los hombres infames. También sobre la enfermedad, no solo la mental.

Camus produce un efecto de extrañamiento de carácter superlativo con varios de sus libros. Pero me refiero en particular a su novela *El extranjero*. La entrañable Marguerite Yourcenar comparte biblioteca con Marguerite Duras. Las dos Marguerites que lideran y aventajan mi biblioteca, coronándola. No he leído aún (y esto ha sido deliberado), si bien tengo todos o casi todos sus libros, a Miguel Delibes, Ursula K. Le Guin, Augusto Monterroso y Yukio Mishima. Son todos nombres que ahora vienen a mi mente, en una suerte de cadena asociativa a la que me abandono, con un significante libre. He leído apasionadamente a Mario Vargas Llosa y, ya que estamos en América Latina a Juan Carlos Onetti y a Gabriel García Márquez. En especial de García Márquez uno de sus primeros libros, *Ojos de perro azul*, cuentos me resultó sorprendente. ¿Y Manuel Puig? Deslumbrante en ese derroche de técnicas narrativas y temas, con ese estilo inconfundible de voces de sus personajes, con ese aprendizaje mayúsculo que nos causa el recorrer toda su novelística, su teatro y sus guiones de cine. Es una suerte de extraña cruza entre Hollywood con Joyce.. Una maravillosa subjetividad que ha dado lugar a tal novelística resulta francamente infrecuente. Los cuentos de Horacio Quiroga, nacido en Uruguay pero considerado un escritor argentino. La misteriosa historia de su confinamiento u ostracismo en la selva misionera. Su suicidio, producto de haber padecido una enfermedad que no tenía cura. Una tragedia argentina. Se añora a Quiroga y debemos a él, el Edgar Allan Poe sudamericano, como algunos lo han bautizado, algunos de los cuentos más prodigiosos en lengua española. Un prosista inobjetable. Sus *Cuentos de la selva* aún resuenan en mis oídos, leídos en la escuela primaria con una maestra a la avanzada que tuve en quinto año.

También hay otra falta grave entre mis lecturas: *Moby Dick* ¿Cómo se me puede haber pasado semejante clásico monumental, en la traducción de Enrique Pezzoni, eximia, novela de la cual solo conozco una adaptación para adolescentes que leí en su momento? Evoco con una enorme deleite la poesía y los ensayos de Susana Thénon, Tamara Kamenszain, Olga Orozco y además de sus poemarios, sus excepcionales libros oníricos de narrativa, la poesía de Arthur Rimbaud, la de Juan L. Ortiz, leve como panadero o diente de león. Evoco con felicidad la poesía de Hugo Padeletti, siendo todas las poéticas que acabo de nombrar todas tan distintas, entablando entre sí tantos contrastes. Leí el *Manifiesto comunista* que me produjo un impacto difícilmente olvidable. Pretendía ser un trabajo de orden político, convengamos que de una cierta arenga. Y sin embargo de modo indudable también participa de la noción de artefacto literario. Ese comienzo bien puede parangonarse con el *Hamlet* de Shakespeare o el comienzo del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. ¿Biografías? Me quedo con *Albert Camus* de Herbert Lotmann.

De entre mis libros de estudios siempre rescato a Roman Jakobson ni a Juri Tinianov, dos figuras trascendentes en el área de la teoría literaria, el capítulo de los formalistas rusos. Menos aún podría omitir a Mijaíl Bajtín o a Julia Kristeva. Y tampoco a Erich Auerbach. Un grande. La así llamado Teoría de la recepción, liderada por Hans Robert Jauss y por Wolfgang Iser me sirvieron para pensar de qué modo la literatura es leída y el canon definido en virtud de la época en que esas obras circulan y lo hacen en otros tiempos históricos, desplazándose y cambiando el modo de leerlos. Incluso obras consideradas no literarias luego pasaron a serlo: los epistolarios, los diarios de trabajo o íntimos.

No me cae simpático en absoluto por varios motivos el narrador argentino Juan José Saer. Pero es un buen escritor. Y descubro más recientemente, hace unos pocos años, unos tres o cuatro, a la norteamericana Siri Hustvedt, de notable poética en la que las artes plásticas, los libros y revistas académicos en el área de Letras, los trabajos en torno de neurociencias, el psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría constituyen un aporte transdisciplinario de naturaleza incuestionable. Hubo en mi vida una etapa Paul Auster. Pero ese momento llegó un punto en que se detuvo probablemente por abuso de lecturas hasta conducir a dejar de leerlo para quedarme únicamente con dos libros de él que me parecen fascinantes: *El país de las últimas cosas* y *La invención de la soledad*. Enseñé alguno de estos dos libros en la Universidad cuando me consagraba a la docencia. He sucumbido a la experiencia de leer a José Saramago, merecido Premio Nobel de Literatura. Probablemente la novela de este autor que con más devoción he leído fue la primera que cayó en mis manos: *Ensayo sobre la ceguera*. Una suerte de distopía magistralmente narrada, con una cierta clase de gramática con la que narra asombrosa.

Tampoco he leído *La Divina Comedia*, un pecado en medio de tantos círculos del Infierno. Y recuerdo, ignoro por qué, particularmente dos novelas: una es *Konfidenz*, de Ariel Dorfman, el chileno; y la otra es la del argentino Álvaro Abós, *El simulacro* me impactaron tanto.

Entre los autores que trabajé académicamente están sobre todo Angélica Gorodischer, Alicia Steimberg, Ana María Shua y Cortázar. Sobre Gorodischer, sobre quien escribí mi tesis doctoral, junto con otra autora: Tununa Mercado. Y Cortázar indudablemente es el cuentista magistral que todos quisiéramos ser. Mi otra gran falta: no haber leído *Rayuela*. Ya ven, estoy confesando todas mis faltas por omisión, todas mis transgresiones a lo que manda el llamado capítulo “formación profesional”. Es decir que para ser un escritor verdadero, alguien que aspire a ese título o el de “académico” en su momento debí haber leído también a Macedonio Fernández, por fuera de sus poemas, que sí leí. Su

extravagancia es tal que siempre me lo imaginé aburrido, aunque experimental. Él decía ser un invento de Borges.

Creo haber leído completo a Ricardo Piglia, salvo sus últimos libros, antes de que falleciera. Pero no me quitó el sueño. Buena parte de su carrera como escritor se jugaba en todos estos libros que sí leí: novelas, cuentos, ensayos y libros de diálogos, alguno con Juan José Saer.

Arribo a un capítulo algo conflictivo: Borges. Y digo conflictivo porque de solo nombrarlo en mi país, esto ya supone llamar a la polémica, lo que francamente dista mucho de mi intención. Por mi parte solo diré que me gusta cómo escribe (mucho), que es un autor exigente con el lector que soy, he sido y seré. Un autor que suele despistarlo al lector con falsos indicios o jugando con lo apócrifo. Lo hace deliberadamente para hacerlo caer en su celada hasta lograr que siente cuán tonto pudo ser y cuán despabilado, culto, inteligente, brillante, encumbrado era él. De todas formas hay cuentos perfectos en los que no me detendré. Salvo sí decir que hay muchos que me gustan. ¿Uno? “Las ruinas circulares”. Sueños dentro de más sueños.

Hay dos antologías que compilaron sendos escritores argentinos para mí insoslayables. Una es la *Antología de la literatura fantástica* (1940), por Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo. Y el otro es *Antología del cuento extraño* (1956) con cuentos traducidos, anotados y elegidos por Rodolfo Walsh. Muchos me envidian porque en lugar de tener la versión en cuatro tomos o volúmenes tengo una con encuadernación de lujo de un solo tomo, hallazgo en una librería exquisita.

Poco conocedor de la obra de Pier Paolo Pasolini salvo por *Teorema*, tanto el libro como el film, sé que fue un gran adelantado, además de apostar al riesgo. Y si estamos paseando por las riberas de Italia no puedo no nombrar a uno de mis favoritos, Italo Calvino. Pero también a Leonardo Sciascia, Natalia Guinzburg y Alberto Moravia. Tabucchi fue oportunamente leído en su totalidad hasta que me di cuenta que no era de mis favoritos sino en todo caso de los admirados (que no es lo mismo). No puedo olvidar a Dino Buzzati, con *El desierto de los tártaros*, novela y film de naturaleza perenne.

Entre los argentinos, a quienes tanto he leído, mencionaré con placer a María Teresa Andruetto, a Martín Kohan, Sergio Chejfec, Noé Jitrik (académico y autor), las novelas de Alan Pauls, los dramaturgos Carlos Gorostiza, Griselda Gambaro, Eduardo Pavlosvsky, Rafael Spregelburd y Mauricio Kartun (gran maestro de escritura reconocido por los grandes escritores de dramaturgia). Todos ellos me han provisto de un placer infinito.

Ernesto Sábato es otro autor famoso que poco he leído salvo *El túnel* y libros menores, uno sí de ensayos. Y entre las argentinas mencionaré sin dudas a la narradora y autora de libros para niños Sara Gallardo, de una prosa lírica y sutil, además de encantadora.

Hay autores que uno conoce solo por un cuento, como W.W. Jacobs, “La pata de mono”, una pieza de narrativa breve excelente y que a la vez espeluzna. Tanto la *Antología de la literatura fantástica* como *La antología de cuento extraño* arriba citadas lo incluyen en diversa traducción.

Si de Italia veníamos hablando, me quedo con las ganas de leer a Italo Svevo, pero no me he privado de Ibsen ni de Chéjov, en una batalla entre clásicos y contemporáneos que no sé si es verdaderamente legítima. Me da la impresión de que Borges trazaba la línea del tiempo hacia atrás. Era un gran conocedor de los clásicos pero también de autores de culto, rarezas, incluidos los argentinos. En tanto yo soy más partidario, salvo excepciones, de una línea del tiempo dirigida hacia adelante. Me deleita leer a mis contemporáneos, a los platenses, a los clásicos contemporáneos que han quedado ya incluidos en el canon pero

aun así sus poéticas y sus corpus son recientes. Me gusta leer las novedades como diciendo “¿Al ritmo de qué corazón está palpitando la literatura actual?”, formulándome esta inquietante pregunta que no tiene una respuesta concluyente. He sido un gran comprador de libros que acababan de nacer. Un comprador incluso que una persona que conozco definió como “un atesorador”.

Y si he leído a Marx y Engels también he leído a Sigmund Freud, además de algunos artículos sueltos de Jacques Lacan. No así en cambio Sartre, a quien en sus libros de filosofía, su autobiografía de sus primeros años de vida, su polémica con Albert Camus, ha sido todo un desafío a la inteligencia de seguir. Un intelectual que indagó en zonas de la filosofía con acierto, aunque pueda uno disentir con él en sus tesis o en el programa de su filosofía.

Un libro que recuerdo como delicioso es *Antología del amor apasionado*, compilada por Alicia Steimberg (quien también tradujo buena parte de los textos, todos muy diversos, desde libretos de ópera hasta cartas de Wilde a su amante homosexual). Otra antología también importante en mi vida ha sido *Antología del cuento triste*, de Augusto Monterroso y Barbara Jacobs.

Tres narradores cuyos pasos seguí muy de cerca hacia los años noventa fueron Abelardo Castillo, Sylvia Iparraguirre (más cerca en el tiempo, la he leído íntegra), el gran narrador Isidoro Blaisten (sobre todo destaco sus cuentos) y Héctor Tizón, narrador y ensayista, uno, esta vez sí, de mis favoritos. Por completo en las antípodas de los primeros tres.

Las novelas y cuentos de María Martoccia, amén de alguna que otra de sus rarezas me resultaron exquisitas y desafiantes. Los cuentos y novelas de Noemí Ulla también produciendo ese efecto de extrañamiento tan reconocible solo en unos pocos escritores de todos los tiempos. Uno regresa a la realidad siendo otro.

Y entre los filósofos podría mencionar a Simone Weil, Hannah Arendt, el crítico, teórico y filósofo, un verdadero humanista como Walter Benjamin ha sido una figura insoslayable en mi educación, además de haber leído libros sobre él. Disfruté enormemente de *Cartas para la educación* estética del hombre de Friedrich Schiller. Un verdadero hallazgo. Muy probablemente lo relea ahora, sin el apremio de realizar una monografía para la Universidad que sin embargo yo mismo había elegido. Estudié mucho para esa monografía.

Entre las autoras argentinas una de las mejores del siglo XX y XXI ha sido Hebe Uhart, que es inimitable. Juega con la oralidad de un modo incomparable, realizando una suerte de lenguaje paródico de los ámbitos hasta volverlos más grotescos. En particular los de la clase media argentina. Se ríe sin malicia pero de modo certero del lenguaje y los roles de personas que ocupan en escuelas primarias, viajes de turistas, pone a dialogar a un pigmeo que ha sido conducido hasta la escuela. Es muy poderoso el influjo del universo de la educación, maestros, escuelas, profesores en su poética. E incluso entre ciertos personajes pertenecientes a un círculo social un peldaño más abajo que el de la clase media.

Y están Góngora y Quevedo, el Siglo de Oro español, enemistados a muerte. Y también las *Coplas por la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, una obra imprescindible para la caja de herramientas de un escritor en idioma español. Gozamos del privilegio de leerlo en su idioma originario.

María Elena Walsh, ahora que miro mi biblioteca me acompañó siempre. Desde que nací, con sus cuentos y canciones infantiles que nos leía y nos hacía escuchar papá, pasando por sus libros y canciones para adultos. Hasta sus columnas de prensa inconfundibles. Realicé un trabajo muy pormenorizado sobre la letrística de su cancionero para adultos.

He leído mucho en la Universidad, pilas de fotocopias de las que luego me deshice en una limpieza general de una casa a la que me mudé. Paso por alto ese capítulo. Sí de la Universidad rescato a Armonía Somers y Teresa de la Parra, a quien desde luego seguí leyendo con el paso de los años. Y en un taller de escritura leímos a Truman Capote, del cual yo ya había solo leído *A sangre fría* en un viaje de mochilero a la Patagonia argentina. Emily Dickinson me resulta una poeta excepcional, fuera de serie, no me canso de leerla.

El fallecido José Pablo Feinmann fue un autor argentino (digo fue porque falleció, pero siendo todavía un autor maduro pero no viejo, y yo un joven temerario lo entrevisté para el diario de mi ciudad) que me pareció siempre muy respetable. Sus novelas me capturaban y sus ensayos me hacían reflexionar con una filosofía argentina que él hizo lentamente generalizar en extensos volúmenes sobre la filosofía relativos a problemas argentinos o simplemente como formas de desentrañar la cultura argentina.

Un libro lleva a otro, una autora lleva a otra autora (en este caso) y para uno de mis libros entrevisté en más de una ocasión (por escrito o con grabador en mano) a la narradora argentina Liliana Heer. Una autora realmente de una originalidad radical. Ella leyó algunos de mis escritos y siempre se manifestó muy generosa, escribiendo una contratapa para uno de ellos. Y leyó uno de mis cuentos, motivo por el que me llamó para felicitarme, conmovida (me dijo) por “La última carta”, uno de mis relatos de los años 2000, que permanece inédito. Me mencionó que le había provocado un shock por su eficacia narrativa, el tipo de construcción al cual yo lo había sometido. Tuvo la deferencia más de una vez de enviarme sus libros de Buenos Aires hasta La Plata, ciudad donde resido. Amable Liliana Heer. Muy valorada por las dos autoras sobre las hice mi tesis doctoral, como lo cité: Tununa Mercado y Angélica Gorodischer, quien me dijo que Liliana Heer era una mujer en la que estaba muy interesada porque “andaba tras la búsqueda de otra clase de lenguaje”. Estas fueron sus textuales palabras.

He leído pisando con mucho cuidado su territorio a la magnífica psicoanalista argentina Silvia Bleichmar, doctorada en la Universidad de París VII, bajo la dirección de Jean Laplanche. Una profesional de primer nivel, atenta a la realidad sociocultural y a la política que nos tocaba vivir a los argentinos no menos que a la disciplina en la que estaba formada. Una enorme pasión atraviesa toda su producción. Partió en 2007, dejando una producción espléndida. A mí, me resultó siempre una intérprete fabulosa de la realidad nacional y de los fenómenos relativos al psiquismo que abordó, haciendo estallar los marcos conceptuales más convencionales. Y luego, si llegamos a París para luego irnos de él, citaría a Roland Barthes. Un antes y un después de mis lecturas.

Inés Fernández Moreno, Antonio Dal Masetto y Ángela Pradelli con sus respectivas narrativas por razones todas muy distintas tienen toda mi simpatía y mi empatía. Celebro la labor de estos tres autores porque su prosa es ágil, profunda, tienen hondura pero también compromiso desde distintas dimensiones de la vida social y política. Dal Masetto fue el gran narrador de la inmigración italiana en Argentina del siglo XX y XX. Los tres trabajan para que este planeta que ha sido tan castigado, encuentre por fin además de belleza un espacio más a tono con la justicia y la igualdad.

Sylvia Molloy y Edgardo Cozarinsky son dos de mis autores también favoritos por motivos bien diferentes. De Molloy, de una voz narrativa, de una atmósfera personalísima. Y de Cozarinsky admiro su refinamiento, el escritor y cineasta exquisito que ha llegado a ser. Un gran lector, en particular de la literatura universal.

Creo prudente cerrar aquí este repaso por mi desordenada biblioteca, no sin antes decir que cada uno de estos autores o autoras pese a mi desorden, resultan inolvidables.

